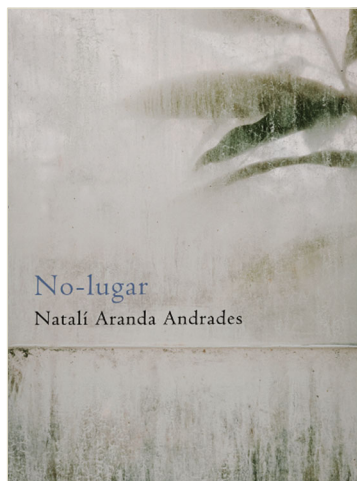


Fronteras y migraciones entre poesía y filosofía. Reseña de “No Lugar”

DOI: 10.5281/zenodo.6615670



Natali Aranda Andrades
Komorebi ediciones,
2021, 50 pp.
Valdivia,
ISBN : 978-956-6102-04-5

Quizás los libros que más se quieran llegan como las amistades. De modo insospechado, en el juego azaroso, en el encuentro de *algo* pero sin saber exactamente qué o para qué. Conformado por treinta y cuatro fragmentos, filosóficos y poéticos, *No-lugar*, de Natalí Aranda, contiene este relampagueo, este juego de evocaciones, este azar de encuentros sin territorios fijos. El tono aforístico de un pensamiento poético y filosófico, si es que hubiera una frontera detectable en algún punto preciso.

A diferencia de Marc Auge, este *No-lugar*, con guion, no marca un sitio de tránsito en la ciudad; el guion une un espacio literario, de pensamiento, a punto de caer en el enmudecimiento. Necesita este signo que, como una pequeña cuerda floja, recorre un territorio interior y, al mismo tiempo, metafísico, donde la herida y la falta conforman aperturas hacia la búsqueda de un espacio incommensurable.

Deseo de Natalí Aranda que la hizo indagar en la poeta Ximena Rivera una filiación reflexiva (en su tesis de magíster en filosofía, en la Universidad de Valparaíso, luego

publicada como libro¹). Dos poetas y pensadoras de lo sagrado, Natalí Aranda y Ximena Rivera pesquistan lo uno y lo otro, la identidad y la desintegración; ese pequeño guion, que constela el título, bajo la inscripción poética y filosófica. El lazo que abre un imposible.

Lo advierte Natalí Aranda en una conversación sobre el pensamiento poético que registramos para un libro acerca de Valparaíso:

La experiencia de lo sagrado tiene que ver con el espacio de la creación. Diría que es el encuentro con la posibilidad de ser. No hay ninguna sustancialidad. Acercarme a ese espacio, es encontrarse con ese vacío que está ahí y que es pura posibilidad de ser. Para mí tiene que ver con un espacio de libertad. Un encuentro con la libertad (Aranda, 2021a, p. 280).

Herida, silencio, cicatriz, algo que aterra (figuras que retornan en el libro que mencionamos); un no-lugar que excede la palabra, pero no solo a esta última, sino también cierto “fondo” —pienso en la figura del cuadro pictórico— que mueve al poema desde el espacio de atrás. No desde la acción o el centro de la mirada, sino como en un paisaje que muestra la ausencia. La abre y recorre. Los poemas crean un clima, una atmósfera, donde se percibe un sendero entre huellas y extravíos.

Los silencios se integran a este paisaje habitado por palabras, pero no son las únicas que conviven en este espacio. Dan testimonio del horizonte de la fractura, aunque están excedidas. Es como la soledad del soñador de vela, que describe Bachelard, cuando el mundo avanza a la calma y a la verticalidad de la llama, haciendo volver a la pensadora hacia la sombra y la luz, a la serenidad entre los vivos y los muertos, al fuego de la vela —frágil, dramática en su tranquilidad— que convoca al pensamiento de las imágenes, en ese momento liminal cuando las metáforas conforman la estructura del pensamiento (Bachelard, 2014).

El poema, más allá de los géneros literarios, cumpliría esta labor: la necesidad de mantener la verticalidad de la llama, en toda su fragilidad y peligro, en “lo que queda/ al desaparecer la palabra” (Aranda, 2021b, p. 32). La poesía tiende así a la textura de la

¹ Ver Aranda, Natalí. *El poema como huella*. Valparaíso, Inubicalistas, 2019. En el Fondecyt Iniciación 11190215, hemos abordado estas migraciones poéticas que ponen en tensión discursos, disciplinas y géneros.

condensación. Las imágenes conceptuales de Aranda perseveran en una síntesis; el mundo aparece contenido en palabras como “niña”, “árbol”, “cielo”, “bolsa”, “pájaro”; lo incorpora, lo suspende en una experiencia de lo abierto, sin apelaciones. “El poema —cito de nuevo nuestra conversación— como una búsqueda más de desnudez que descripción de algo” (Aranda, 2021a, p. 284). Palabras que desnudan, nombres que continúan el silencio, frases aforísticas como relámpagos. “Imágenes de una distancia/ que esperan, en silencio,/ desaparecer” (Aranda, 2021b, p. 25), dicen los versos de *No-Lugar*.

Como Ximena Rivera, Natalí Aranda llama en el poema a dios. Tiende al símbolo, a términos sin apellidos. Versos rotundos en un ritmo de la pérdida; lo que aparece luego de la desaparición de las palabras. Desea integrar lo faltante en el breve espacio del poema. Como el niño de Tarkosvki, en *El sacrificio*, que asoma en la escena sobre Nietzsche y la muerte de dios, regando un árbol seco en la expiación del lenguaje para que vuelva el habla. Como el niño de Heráclito: muerte y vida en un mismo pliegue sobre la escucha del devenir; treinta y cuatro fragmentos sin títulos, no-lugares que pueden ser leídos como poesía y filosofía, al modo de los presocráticos. “Frente al fuego/ la ausencia/ de quien pregunta sobre la muerte/ a un recién nacido” (Ibíd., p. 44).

Sin embargo, hay algo en este libro que rebasa a la filosofía y a lo que llamamos “poesía”. Un re-ligar, cuyo absoluto contiene una nada, una autoexpresión y autonegación. Nishida, una de las lecturas referentes de Natalí Aranda, apunta a esa inquietante experiencia de un dios que, al mismo tiempo, es una nada y un absoluto (o un absoluto que se vuelca contra sí mismo); una experiencia de la creación en el dinamismo de la identidad contradictoria entre lo uno y lo múltiple; extraña experiencia que quizás solo el poema -más allá de los géneros- pueda atisbar en el singular acontecimiento de la expresión.

El poema como fibra inicial del pensamiento; como el momento donde se integra lo desfondado, donde aún no se adquiere rostro pleno y el mundo asoma en su bella transformación y monstruosidad. Poesía y filosofía que surgen de una misma fuente. Agua metafísica —en su sentido clásico— que se interroga por el sentido de los elementos. “Preguntar es padecer la distancia” (Ibíd., p. 26), dice una frase del libro, apuntando a la medida, al *mathema* de los signos, al lugar de las cosas en el mundo. El derecho a su nada, a la interrupción de su enajenación. El poema asoma aquí como un

jardín íntimo de animales desaparecidos, donde “las cosas saben esperar” (Ibíd., p. 22). Intenta imaginar, creo, el instante de su sombra, cuando las cosas todavía no se subsumen a la mercancía, a la relación de sujetos dominando objetos.

“Desesperar es padecer en este estado de silenciosa apertura”, indica Natalí Aranda sobre la poesía de Blanca Varela (Aranda 2020). “Porque hay un No-lugar en que habita es por lo que surge la Mente”, advierte el dicho budista, citado por Nishida en “La lógica de la nada” (Nishida, 2006, p. 65). ¿De dónde proviene esta voz del No-lugar? ¿Será el poema una espera, la sospecha de un significado y, paradójicamente, la apertura de un ojo de agua que lo alimenta? ¿Quién habla en esta nada?

“Mi obcecación: la poesía”, decía Humberto Díaz-Casanueva en *Algunas consideraciones sobre el silencio*. Poeta, pensadora; Aranda se aproxima a esta experiencia que inunda las palabras hacia dentro, hacia el grado cero de la significación. El poema marca una brecha; la persistencia de una extraña continuidad que desborda y habita el lenguaje. La escritura desliza una mirada, le da ángulo y testimonio; asciende y desciende hacia la representación que pesquisa lo irreconocible.

Natalí Aranda registra un latido, un temblor en la ausencia donde aparece el sentido; el no-lugar anterior a la figuración de la niña mirándose al espejo (parafraseo aquí un fragmento). Los poemas, merodeando el tiempo heracliteano, quieren ubicarse en el extraño lugar donde germina el sonido y el silencio, donde nace lo viviente, donde la naturaleza ama ocultarse, donde la poesía y la filosofía borran los territorios fronterizos.

Jorge Polanco Salinas
Universidad Austral
Fondecyt Iniciación 11190215
<https://orcid.org/0000-0001-6714-5472>

Referencias

Aranda, Natalí. (2021a). *No-Lugar*. Komorebi ediciones, Valdivia.

Aranda, Natalí. (2021b). “Pensamiento poético”. En Polanco, Jorge. *Valparaíso y sus metáforas. Poesía en posdictadura*. Ediciones Inubicalistas, Valparaíso.

Aranda, Natalí. (2020). “Crear es descender a la luz”. Epílogo en Varela Blanca “Luz de día” Komorebi ediciones. <https://revistaelipsis.org/2020/07/12/epilogo-a-luz-de-dia-de-blanca-varela-por-natali-aranda-andrades/>

Bachelard, G. (2014). *La llama de una vela*. Cuenco de plata, Buenos Aires.

Nishida, Kitarô. (2006). *Pensar desde la nada. Ensayos de filosofía oriental*. Sígueme, Salamanca.